

SEIS CUATRO
HIDEO
YOKOYAMA



En enero de 1989, una niña de siete años llamada Shoko Amamiya fue raptada y asesinada al norte de Tokio. Durante los cinco días que duró la agonía, los padres estuvieron pendientes de las llamadas telefónicas del secuestrador, que logró desaparecer con los veinte millones de yenes del rescate. Nombre en clave del caso: Seis Cuatro. Catorce años después, y a falta sólo de uno para que la investigación se cierre para siempre, el misterio continúa sin aclararse. El jefe de prensa de la Jefatura de Policía de la prefectura D —Yoshinobu Mikami, un antiguo inspector que trabajó en el Seis Cuatro y cuya hija adolescente se ha fugado sin dejar rastro— se ve obligado a volver sobre un suceso cuyo estigma no se ha diluido con el paso del tiempo: el fracaso de los agentes sigue siendo una fuente de escándalo permanente. Pero el veterano Mikami, sujeto a los vaivenes de un matrimonio que se resquebraja por momentos y a la avidez de poder de algunos colegas, no aspira ya a resolver el crimen: sólo pretende tender una mano a la familia de la víctima y dar el tan anhelado carpetazo a una historia de funesta memoria. Contra viento y marea, tomará las riendas del caso al detectar una irregularidad en el expediente y, pista tras pista, acabará desvelando un móvil que encierra secretos inimaginables. De haberlo sabido, habría cerrado los ojos.

Una tenebrosa e hipnótica inmersión en un crimen cuyas pesquisas, dosificadas magistralmente, nos permiten calibrar el formidable talento literario de Hideo Yokoyama y conocer los entresijos de una cultura sin parangón.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Personajes y cargos

1

Los copos de nieve danzaban en la penumbra del anoche-
cer.

Tenía las piernas tan entumecidas que le costó bajar del taxi. En la entrada de la comisaría los esperaba un miembro de la policía científica cobijado en el abrigo reglamentario. Este los condujo al interior. Cruzaron el despacho donde trabajaban los agentes de guardia y por un pasillo apenas iluminado llegaron a una puerta que daba al aparcamiento para el personal.

Al fondo del recinto se alzaba la morgue, un edificio aislado sin ventanas y con tejado de zinc. El ronroneo del extractor le reveló que dentro había un cadáver. El agente de la científica abrió con llave y se apartó indicándoles con la mirada que esperaría fuera como muestra de respeto.

«No me he acordado de rezar...»

Yoshinobu Mikami abrió la puerta. Las bisagras chirriaron, sus ojos y su olfato registraron de inmediato la presencia de cresol. A través del abrigo sintió en su codo la presión de los dedos de Minako. El techo arrojaba una luz de neón; la mesa de autopsias, que le llegaba a la cintura, estaba cubierta de vinilo azul. Sobre ella se reconocía una forma humana bajo una sábana blanca. Su incierto tamaño, menor que el de un adulto, pero a todas luces mayor que el de un niño, estremeció a Mikami.

Ayumi...

Se tragó el nombre temiendo que, por el mero hecho de pronunciarlo, pudiera convertir aquel cuerpo en el de su

hija.

Empezó a retirar la tela blanca.

Pelo, frente, ojos cerrados... Nariz, labios... Mentón...

La cara lívida de una chica muerta apareció ante sus ojos. A partir de ese momento, el aire helado de la morgue pareció circular de nuevo. Minako apoyó la frente en su hombro. Sus dedos ya no se le clavaban en el codo con la misma fuerza.

Mikami respiró desde lo más profundo de su ser dejando que la mirada se le perdiera en el techo de zinc. No hacía falta prolongar el examen. Habían tardado cuatro horas en llegar desde la prefectura D (primero en tren bala y luego en taxi), pero la identificación duró apenas unos segundos. Una chica ahogada, posible suicidio. Salieron sin pérdida de tiempo cuando recibieron la llamada. La joven, según les dijeron, fue encontrada en un lago poco después del mediodía.

Su pelo castaño aún estaba húmedo. Tenía unos quince o dieciséis años, quizá algo más. No había estado mucho tiempo en el agua, su cuerpo aún no había empezado a hincharse. El delicado perfil de su frente y sus mejillas se mantenía intacto al igual que sus labios infantiles, como si aún viviera.

¡Qué amarga ironía! Su hija siempre había ansiado tener unos rasgos tan finos como aquellos. Aunque ya habían pasado tres meses, Mikami aún era incapaz de recordar la escena con serenidad.

Arriba, en el cuarto de Ayumi, se oyó un ruido y luego unos golpes frenéticos, como si alguien intentara hundir el suelo. El espejo estaba hecho pedazos. Sentada en un rincón, con la luz apagada, Ayumi se daba puñetazos en el rostro, se lo dañaba, quería destrozárselo: «Odio esta cara. Me quiero morir».

Mikami juntó las manos frente a la chica muerta. Aquella joven también tenía padres, padres que se verían obligados

a ir hasta allí esa misma noche, tal vez al día siguiente, y que deberían asumir la horrible realidad.

—Vámonos.

Habló con voz ronca, como si tuviera la garganta seca.

Minako parecía ausente, ni siquiera hizo el esfuerzo de asentir. Sus pupilas dilatadas eran como cuentas de cristal, vacías de cualquier pensamiento o emoción. La experiencia no era nueva para ninguno de los dos. En los últimos tres meses ya habían visto dos cadáveres de adolescentes.

La nieve se había convertido en una llovizna helada. Tres siluetas los esperaban en la oscuridad del aparcamiento exhalando un vaho blanquecino.

—Un verdadero alivio, comisario Mikami.

El capitán, un hombre de piel clara y semblante afable, sonrió indeciso al tenderle su tarjeta. Aunque no estaba de servicio, iba de uniforme, al igual que sus acompañantes, el director y el jefe local de Investigaciones Criminales. Mikami comprendió que ese gesto indumentario era una muestra de respeto ante la posibilidad de que hubiese identificado a la muchacha como su hija.

Hizo una profunda reverencia.

—Gracias por avisarme tan deprisa.

—No hay de qué. Al fin y al cabo, todos somos policías, ¿no? —El capitán les cedió el paso y, sin más preámbulos, señaló hacia el edificio—. Pasen, así entrarán un poco en calor. Les sentará bien.

Mikami notó un tirón en la parte trasera del abrigo y, al volverse, advirtió una mirada de súplica en Minako. Quería marcharse lo antes posible. Él también.

—Muy amable por su parte, pero no podemos quedarnos. Tenemos que coger el tren —se excusó Mikami dándole su tarjeta al capitán.

—No, no, es mejor que se queden. Ya hemos reservado una habitación para ustedes en el hotel.

—Le estamos muy agradecidos por sus atenciones, pero tenemos que irnos, de verdad. Mañana trabajo.

Al oírlo, el capitán bajó la vista hacia la tarjeta que tenía en las manos.

COMISARIO YOSHINOBU MIKAMI

Jefe de prensa

Inspector del Departamento de Asuntos Administrativos,

División de Personal

Jefatura de Policía, prefectura D

Levantó la cabeza suspirando.

—Debe de ser duro tratar con la prensa.

—A veces —respondió Mikami evasivo.

Recordó las caras belicosas de los reporteros que había dejado en la sala de prensa. La notificación telefónica sobre la chica ahogada llegó en medio de un acalorado debate sobre el formato de los comunicados. Mikami se levantó y se fue sin dar explicaciones, lo que provocó las iras de los reporteros, que no estaban al corriente de su situación familiar: «¡No hemos acabado! ¿Qué hace, Mikami? ¿Está huyendo?»

—¿Lleva mucho tiempo en Relaciones con los Medios?
—preguntó el capitán intentando mostrarse solidario.

En las comisarías centrales de distrito, las relaciones con la prensa las llevaba el capitán adjunto o el subdirector, mientras que en las regionales, más pequeñas, era el propio capitán quien se ponía en la línea de fuego.

—Sólo desde la primavera, aunque ya había estado antes, hace mucho.

—¿Siempre ha trabajado en Asuntos Administrativos?

—No, fui inspector en la Segunda División de Investigaciones Criminales durante varios años.

Aún se sentía orgulloso después de tanto tiempo.

El capitán asintió dubitativo. Probablemente nunca había visto otros casos de investigadores convertidos en jefes de prensa, ni siquiera en las comisarías regionales.

—Me imagino que, con su experiencia como investigador, la prensa le hará caso.

—Bueno, eso querría yo.

—La verdad es que aquí resulta más problemático. Hay algunos... periodistas... que escriben lo que les da la gana, sea verdad o no.

El capitán frunció el ceño y, sin cambiar de expresión, hizo un gesto hacia el aparcamiento. Mikami apenas pudo ocultar su disgusto al ver que se encendían los faros del coche negro del capitán y que el taxi que había dejado esperando ya no estaba. Volvió a notar un leve tirón en su abrigo, pero no podía pedir otro taxi y desairar a aquel hombre, que sólo parecía tener buenas intenciones.

Ya era de noche cuando salieron hacia la estación.

—Mire, ahí está el lago —dijo el capitán, que se había sentado al lado del chófer; parecía un poco estremecido por la mancha negra que se extendía al otro lado de la ventanilla derecha—. Lo de internet es un desastre. Hay una web horrible que se llama Los Diez Mejores Sitios Para Suicidarse y mencionan este lago. Le han puesto un nombre misterioso, algo así como Lago de la Promesa.

—¿Lago de la Promesa?

—Visto desde cierto ángulo parece un corazón. Según la web, te concede el amor verdadero en el más allá. La chica de hoy es la cuarta. Hace poco vino una desde Tokio. La prensa publicó un artículo y ahora se han metido hasta los de la tele.

—¿Qué horror!

—Ni que lo diga. Debería darles vergüenza ganar dinero con artículos sobre un suicidio... Si hubiéramos tenido tiempo, Mikami, me habría gustado pedirle algún consejo sobre cómo lidiar con los periodistas.

El capitán no paraba de hablar, como si los silencios se le hicieran incómodos. Mikami, por el contrario, no estaba para grandes conversaciones, y aunque agradecía el tacto

de su interlocutor, sus respuestas se volvieron cada vez más escuetas.

Se habían equivocado. No era Ayumi. Aun así, seguía tan consternado como en el viaje de ida. Rezar por que no fuera su hija... Era consciente de que eso equivalía a desear que fuera la de otros. Minako, sentada a su lado, no decía nada. Mikami sentía la presión de sus hombros, más frágiles de lo normal.

El coche dobló en un cruce. Ya tenían delante la estación inundada de luz. En la amplia plaza de enfrente había varios monumentos conmemorativos. Estaba casi desierta. Mikami había oído decir que aquella estación la habían construido por motivos políticos sin tener en cuenta el movimiento real de viajeros.

—Mejor que no baje, no vaya usted a mojarse —se apresuró a decir ya con la puerta trasera medio abierta.

Pero el capitán ya se le había adelantado y bajó del coche antes que él. Tenía la cara roja.

—Les ruego que acepten mis disculpas por haberles dado información... poco fiable y por la molestia de venir hasta aquí. La verdad es que... dada la estatura y la posición del lunar, habíamos pensado que... Espero no haberles causado mucho sufrimiento.

—No, claro que no.

Mikami hizo un gesto con la mano como diciendo que no tenía importancia, pero el capitán se la estrechó.

—Saldrá todo bien, ya lo verá. Su hija está sana y salva. La encontraremos. Tienen a doscientos sesenta mil amigos buscándola a todas horas.

Inclinado en una reverencia, el comisario vio cómo se alejaban las luces traseras del coche del capitán. El agua gélida empezaba a mojar el cuello de Minako y, estrechando contra él su frágil cuerpo, Mikami la condujo hasta la estación. Reconoció la luz de un *koban*, un pequeño retén policial. En la calle había un viejo sentado, seguramente un

borracho, que se resistía a que un joven agente se lo llevara de allí.

«Doscientos sesenta mil amigos...»

El capitán no exageraba. Comisarías de distrito, retenes de *koban*, subcomisarías... La foto de Ayumi había llegado a todos los departamentos del país. Agentes para él desconocidos montaban guardia día y noche en espera de noticias sobre su hija como si fueran ellos los padres de la desaparecida. La policía era una gran familia que inspiraba confianza y él se sentía en deuda por ello. Cada día daba gracias por pertenecer a una organización tan poderosa, tan extensa, y sin embargo...

Apretó la mandíbula mordiendo el aire frío. Nunca se había imaginado que necesitar ayuda pudiera convertirse en la peor de las flaquezas...

La sumisión.

Había momentos en que le hervía la sangre, pero eso era algo que no podía contarle a Minako, por supuesto.

Encontrar a una hija desaparecida. Estrecharla viva entre sus brazos... Dudaba que hubiera algo a lo que no estuvieran dispuestos unos padres para conseguirlo.

Se oyó un anuncio en el andén.

El vagón estaba medio vacío. Minako se sentó junto a una ventanilla.

—El capitán tiene razón —le susurró Mikami—. Está a salvo, no le ha pasado nada.

Ella no respondió.

—Pronto la encontrarán, no te preocupes.

—Ya...

—Si no, ¿qué sentido tendrían las llamadas? Quiere volver, pero se lo impide el orgullo. Cualquiera día de estos aparecerá, ya lo verás.

Minako seguía ausente. Sus hermosas facciones brillaban en la oscuridad de la ventanilla. Parecía exhausta. Había renunciado a maquillarse y hacía tiempo que no iba a la peluquería, pero ¿qué pensaría si se diera cuenta de que

aquella renuncia resaltaba la gracia natural y espontánea de sus rasgos?

También el rostro de Mikami estaba en la ventana y vio una imagen fantasmal, la de Ayumi.

Ayumi, que se maldecía por haber salido a su padre y había convertido la belleza de su madre en el blanco de sus iras.

Apartó lentamente la mirada de la ventanilla. Era algo pasajero, como la varicela. Ya entraría en razón... Tarde o temprano se daría cuenta de su error y volvería a casa con la lengua fuera, como cuando se equivocaba de pequeña. No podía odiarlos de verdad, no era lógico que quisiera hacerles daño. ¿Ayumi? Imposible.

El tren se balanceaba un poco. Minako apoyaba la cabeza en su hombro. Su respiración era irregular... Quizá sollozaba en silencio; quizá, simplemente, se había quedado dormida.

Mikami cerró los ojos.

La ventanilla persistió bajo sus párpados con el reflejo de la desigual pareja que formaban él y su mujer.